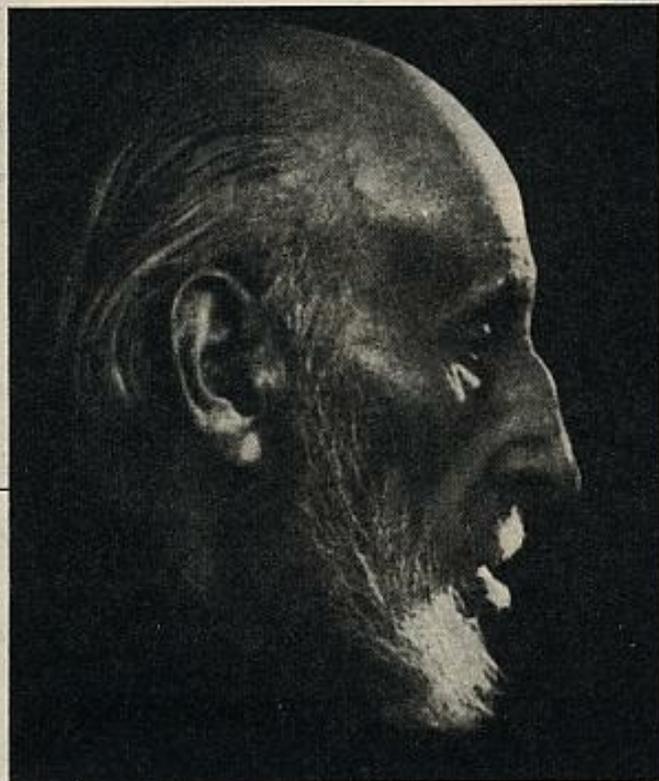


LA NEUROLOGIA ESPAÑOLA VICTIMA DE LA HISTORIA

GONZALO MOYA

Jefe del Servicio de Neurología Nicolás Achúcarro



Ramón y Cajal, renovador de la anatomía del sistema nervioso, gracias a las "técnicas argentícas" por él inventadas.

A Neurología —la rama de la Medicina que se ocupa de diagnosticar y tratar las enfermedades orgánicas (no psiquiátricas) del sistema nervioso, tales como la epilepsia, la parálisis cerebral infantil, la subnormalidad, las hemorragias y trombosis cerebrales, etcétera— ha tenido en España representantes muy brillantes, que figuran en primera fila de la Neurología mundial.

Entre estos neurólogos hay que distinguir dos escuelas: la de Madrid y la de Barcelona.

La escuela madrileña de Neurología —de Histología del Sistema Nervioso, exactamente— estuvo encabezada por Ramón y Cajal, renovador de la anatomía del sistema nervioso gracias a técnicas por él inventadas. Las "técnicas argentícas", de la escuela de Cajal, le fueron curiosamente inspiradas por las técnicas de revelado fotográfico; Cajal era, en efecto, un excelente fotógrafo, y publicó un libro —que no es posible encontrar hoy ni en las mejores librerías de viejo— sobre este tema. Una vez más, he aquí una casualidad en el origen de una nueva técnica. Pero una "casualidad" que alguien —Cajal— supo explotar. Las casualidades solas no llevan a nada. Hoy se reeditan en los Estados Unidos fragmentos de

los trabajos de Cajal para poner al alcance de los investigadores anglosajones sus obras —"opera magna" realmente—. Fueron discípulos de Cajal, Achúcarro —báilino, que murió joven—, pero tuvo tiempo de emular a su maestro, de recorrer las clínicas alemanas, italianas y francesas, de ser el jefe del Departamento de Anatomía del Hospital de Veteranos, cercano a Washington, y de introducir en España la música de Debussy. Tello, por el contrario, aragonés tenaz, fue un "corredor de fondo". Sus trabajos son también esenciales hoy en día, aunque su vida académica quedase cortada en 1939, al terminar nuestra guerra. Cajal y Tello, ambos aragoneses, dieron prueba de su tenacidad muchas veces. Una de ellas, invadiendo el edificio del Instituto Alfonso XIII, terminado pero sin inaugurar, llevando allí unas estufas viejas en un carro tirado por un burro. Una vez hecho esto, comunicaron al ayudante de Alfonso XIII lo que habían llevado a cabo. El centro se dotó en dos meses... Simarro, discípulo de Cajal, también fue simultáneamente un gran clínico —como Achúcarro—, pero un gran clínico típico del siglo XIX, con coche de caballos y levita y sombrero de copa. En su casa vivieron un tiempo Achúcarro y Juan Ra-

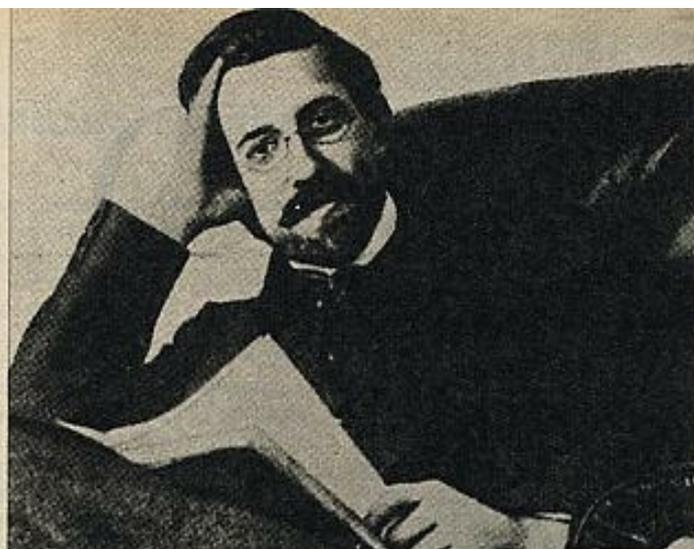
món Jiménez. A título anecdótico, Simarro fue gran maestro de la masonería española. Lafora, sucesor de Achúcarro en América, fue también clínico e investigador a la vez. En los libros de Neurología extranjeros se habla de la "enfermedad de Lafora" al igual que se habla de las "células de Horteiga" —de Del Río Horteiga—, muerto en el exilio, también alumno de Cajal. Del Río Horteiga, después de trabajar en Inglaterra, murió en Buenos Aires. Se hizo enterrar con la toga de su Universidad británica y en el ojal una botonera con los colores republicanos. Fernando de Castro, el último y más joven miembro de la escuela madrileña, descubrió el corpúsculo carotideo y describió sus posibles funciones. La Academia de Ciencias sueca le dio el Premio Nobel a un investigador belga que había completado los trabajos de De Castro, pero no se lo dio a él. Frustración de un Nobel que du-

raría toda una vida. Al final de nuestra guerra civil logró De Castro sobrevivir como ayudante de un amigo cirujano. No, España no ha tratado con justicia a los miembros de la Escuela Madrileña de Neurología. Aquellos investigadores que no se exiliaron, fueron, como Tello, "exiliados del interior". Todos estuvieron vinculados a la Institución Libre de Enseñanza.

Por su parte, la escuela barcelonesa de Neurología comenzó también modestamente y con dificultades: la consulta de Barraquer Roviralta —el primer neurólogo clínico de España— se hallaba en un pequeño rincón del claustro del Hospital de la Santa Cruz, en plena Barcelona del diecinueve. Barraquer Roviralta fue el primero de una "dinastía de neurólogos"; su hijo, Barraquer Ferré, y su nieto, Barraquer Bordás, han sido y son neurólogos de primera fila. Antes de nuestra guerra civil, la Universi-



Cinco grandes neurólogos



Nicolás Achúcarro, vinculado a la Escuela Madrileña de Neurología que encabezó Cajal.

dad Autónoma de Barcelona creó la cátedra de Neurología —la única de España durante muchos años—, ocupada por Rodríguez Arias, también durante mucho tiempo el único neurólogo con preocupaciones sociales en todo el país. El primer tratado en español de Neurología se debe (1936-1939) a Barraquer Ferré, a De Gispert y a Castañer. Lamotte de Grignon ha sido, por otro lado, el primer neuropediatra de España. La escuela barcelonesa también sufrió, sin embargo, en su carne —aunque no en tan alto grado como la madrileña— los golpes de la guerra civil. Por otra parte, si en Madrid se disolvió por esta razón la escuela neurofisiológica encabezada por Negrín, en Barcelona se dispersó la catalana al exiliarse Pi y Suñer.

Hoy, la Neurología se ha diseminado ya por las distintas tierras de España, aunque no por todas. Son bastantes los neurólogos españoles; no los citaremos nominalmente, por temor a que algún nombre se nos quede en el tintero.

La Neurología de nuestra época se ha hecho más técnica: gracias al fraccionador de aminoácidos podemos detectar ciertas enfermedades metabólicas y prevenirlas al nacimiento del niño con alimentos especiales; el consejo genético se extiende cada vez más, la Neuroradiología se ha desarrollado espléndidamente —scanner—, muchas teorías sobre la atención y la memoria se han hundido al confrontarlas con datos obtenidos con potenciales cerebrales evocados, etcétera.

¿Cómo será la Neurología del porvenir? En primer lugar —lo postulaba hace unos años el gran neurólogo alemán Zulch—, independiente, con personalidad propia, distinta de todas las otras especialidades médicas.

En segundo lugar será cada vez más técnica; en el día de mañana se transformará, por ejemplo, en técnica rutinaria la determinación de medicamentos antiepilépticos en la sangre de los enfermos tratados por presentar convulsiones, técnica ya hoy en

marcha pero aún no generalizada.

El estudio y tratamiento de los procesos madurativos de las funciones cerebrales superiores será, sin duda, uno de los terrenos más fértiles del porvenir. Lo será también la lingüística y la rehabilitación del lenguaje, como lo serán la rehabilitación física —centros de maduración— y rehabilitación funcional.

Con ello tocamos un punto de nuestra opinión esencial, no ya de la Medicina de mañana, sino de la de hoy: los aspectos sociales.

El neurólogo no debe "descansar" en el trabajador social para los problemas sociales de sus pacientes: los ha de asumir él mismo y obrar en consecuencia: intervenir para que se modifiquen las normas arquitectónicas hoy inviables para los minusválidos, actuar para que los Ayuntamientos no dejen construir viviendas insalubres, concienciar a la masa de la población de la trascendencia y peligros de los procesos neurológicos a todas las edades, esto es, no sólo tratar de manera puramente técnica al enfermo —y a veces, con un paternalismo evidente—, sino colaborar con él, con los suyos y con toda la sociedad de modo directo.

Este tipo de Neurología ha de ser desarrollado por un equipo integrado en un centro idóneo: este lugar ya existe en Madrid en un edificio dedicado a Instituto de Neurología, no dotado aún, pero expresamente concebido y realizado hasta en sus más mínimos detalles. Para los enfermos neurológicos y para la Neurología que propugnamos. Veamos si por una vez la Neurología española no es ya víctima de la Historia. ■



RAIMAT

Gran vino de mesa



Criado y embotellado en las propias bodegas



Av. JOSE ANTONIO, 644 - Tel. 3014600 - BARCELONA-7



españoles: Tello, Del Río Hortega, Barraquer Roviralta, Simarro y De Castro.